



La igualdad en el éxito deportivo (y empresarial)

Descripción

La historia (casi) real

Era el 4 de junio de 1967. La habitación estaba en silencio, solo interrumpida por el crujido de las sillas al moverse. En el centro de la mesa, Muhammad Ali tenía las manos entrelazadas, el gesto firme, la mirada encendida. Sabía que todos los ojos estaban sobre él. Frente a él, Kareem Abdul-Jabbar, entonces todavía Lew Alcindor, escuchaba con atención. A sus 20 años, era el más joven de aquella reunión histórica. A su alrededor, leyendas del deporte afroamericano como Jim Brown, Bill Russell y Oscar Robertson se reunían para tomar una decisión que podría cambiar la historia.

Ali había rechazado el reclutamiento para la Guerra de Vietnam. Se había negado a luchar por un país que negaba los derechos básicos a los afroamericanos. Ahora, el gobierno lo había despojado de su título de campeón mundial de boxeo. Si los hombres en esa sala lo apoyaban, se enfrentarían a críticas, amenazas y el posible fin de sus carreras.

Jim Brown fue el primero en hablar.

—Estamos aquí porque queremos escuchar tu historia, Muhammad —dijo con su tono grave y autoritario—. Queremos entender por qué estás dispuesto a perderlo todo.

Ali levantó la cabeza, su voz resonó en la sala con la misma fuerza con la que lanzaba sus jabs en el ring.

—No voy a ir a pelear en una guerra de hombres blancos que nunca me han tratado como uno de ellos. No voy a matar vietnamitas cuando aquí, en mi propio país, me llaman «negro de mierda» y no me dejan ni sentarme en el mismo restaurante que ellos.

Un silencio cargado de tensión se apoderó de la sala. Kareem sentía el peso de cada palabra. Había crecido viendo cómo a los negros en su país se les negaban oportunidades, cómo la violencia policial se llevaba a los suyos.

Finalmente, habló.

—Si los blancos pueden decidir qué luchas son importantes para ellos, ¿por qué nosotros no? —dijo, con la seriedad de alguien que sabía que sus palabras significaban mucho más que un simple comentario—. No es solo Muhammad. Somos todos nosotros.

Bill Russell asintió.

—La pregunta es simple: ¿estamos con él o no?

Los hombres en la sala se miraron entre sí. Sabían que apoyar públicamente a Ali podría costarles patrocinios, contratos, su propia seguridad. Pero sabían que la historia los estaba observando.

Uno a uno, los atletas comenzaron a asentir. La decisión estaba tomada.

Al salir de la sala, Kareem supo que acababa de cruzar un umbral. No solo era un jugador de baloncesto. Era parte de algo más grande.

Años después, cuando él mismo se convirtió en el jugador más dominante de la NBA, nunca olvidó aquella sala en Cleveland. Porque aquel día no solo se discutió la carrera de un hombre, sino la dignidad de toda una comunidad.

Introducción

Kareem Abdul-Jabbar no solo es una de las mayores leyendas en la historia del baloncesto, sino también un defensor incansable de la igualdad racial. Su historia no se trata solo de puntos, rebotes y campeonatos, sino de la lucha contra la discriminación y de su esfuerzo por derribar barreras dentro y fuera de la cancha.

Desde sus primeros años en la NBA, Kareem utilizó su plataforma para abogar por los derechos civiles y la justicia social. Inspirado por figuras como Muhammad Ali y Martin

Luther King Jr., se convirtió en una voz poderosa contra el racismo y las desigualdades estructurales que aún persistían en la sociedad estadounidense.

Este artículo explora la trayectoria de Abdul-Jabbar, su activismo y las lecciones que podemos extraer de su lucha, tanto en el ámbito deportivo como en el mundo empresarial y profesional. También analizaremos cómo la psicología del liderazgo y la neurociencia del comportamiento explican su influencia y su capacidad para generar un cambio real en la sociedad.

El ascenso de una leyenda y el despertar de un activista

Kareem Abdul-Jabbar nació en 1947 bajo el nombre de Ferdinand Lewis Alcindor Jr. en la ciudad de Nueva York. Desde joven, su estatura y habilidades excepcionales lo convirtieron en un prodigio del baloncesto. Jugó en la Universidad de UCLA bajo la dirección de John Wooden, donde ganó tres campeonatos nacionales y dejó una huella imborrable en el deporte.



Pero su camino no fue fácil. Creció en una época de segregación racial y profundas injusticias sociales. A medida que su fama crecía, también lo hacía su conciencia sobre la desigualdad que enfrentaban los afroamericanos en Estados Unidos.

En 1968, Alcindor tomó una decisión trascendental: se convirtió al islam y adoptó el nombre de Kareem Abdul-Jabbar, que significa «noble, siervo del Todopoderoso». Ese mismo año, decidió no participar en los Juegos Olímpicos de México en protesta por la discriminación racial en su país, enviando un mensaje claro de que no solo era un atleta destacado, sino también un activista comprometido.

Su carrera profesional comenzó en 1969 cuando fue seleccionado como la primera elección del Draft de la NBA por los Milwaukee Bucks. Desde el primer momento, dejó claro que era un jugador distinto. En su temporada de novato, promedió 28,8 puntos y 14,5 rebotes por partido, llevándose el premio al Novato del Año. Pero su dominio no se detendría ahí.

En su segunda temporada, llevó a los Bucks a su primer campeonato de la NBA en 1971, formando una temible dupla con Oscar Robertson. Fue en ese mismo año cuando decidió cambiar su nombre de Lew Alcindor a Kareem Abdul-Jabbar, marcando su compromiso con su identidad y su activismo. En Milwaukee, estableció su reputación como un pívot dominante con su característico «skyhook», un tiro prácticamente imparabile que lo acompañaría durante toda su carrera.



A pesar de su éxito en Milwaukee, Kareem buscaba una ciudad con una comunidad afroamericana más grande y un entorno más alineado con su identidad y valores. En 1975, fue traspasado a Los Angeles Lakers, donde su legado alcanzaría otro nivel. Con los Lakers, se convirtió en la piedra angular del equipo y, posteriormente, en el líder de la

icónica era del «Showtime» junto a Magic Johnson.

Durante su estancia en Los Ángeles, ganó cinco campeonatos más (1980, 1982, 1985, 1987 y 1988) y fue nombrado MVP de la liga en seis ocasiones, un récord que aún se mantiene. Su consistencia y longevidad fueron extraordinarias; jugó hasta los 42 años y se retiró en 1989 como el máximo anotador en la historia de la NBA, con 38.387 puntos, un récord que se mantuvo durante casi cuatro décadas hasta ser superado por LeBron James en 2023.



Más allá de sus estadísticas, Kareem fue un líder en la cancha y fuera de ella. Su estilo de juego reflejaba inteligencia, paciencia y técnica, lo que le permitió mantenerse en la élite del baloncesto durante 20 temporadas. Su impacto en la NBA no solo se midió en títulos y premios, sino también en la forma en que inspiró a generaciones de jugadores a desarrollar su juego con disciplina, conocimiento y profesionalismo.

Influir en el deporte y la sociedad

El liderazgo de Kareem Abdul-Jabbar trascendió los límites de la cancha de baloncesto. Su impacto no solo se reflejaba en su dominio del juego, sino en su capacidad para desafiar las normas establecidas y hablar en nombre de quienes no tenían voz. A diferencia de otros jugadores que optaron por mantenerse alejados de temas sociales y políticos, Kareem siempre entendió que su plataforma como deportista le otorgaba la responsabilidad de luchar por la justicia y la igualdad.



Desde una perspectiva psicológica, su influencia se alinea con la teoría del liderazgo transformacional (Bass, 1985), que sugiere que los líderes más efectivos son aquellos que no solo buscan maximizar su propio rendimiento, sino que inspiran y empoderan a otros para alcanzar su mejor versión. Abdul-Jabbar ejemplificó este tipo de liderazgo al motivar a compañeros de equipo, activistas y generaciones futuras a comprometerse con la lucha por los derechos civiles. Su forma de liderazgo no era de imposición, sino de inspiración, una característica clave de los grandes agentes de cambio.

La neurociencia del liderazgo también nos ayuda a entender cómo Kareem logró movilizar a las personas en su entorno. El sistema de neuronas espejo, descubierto por Rizzolatti y Sinigaglia (2008), sugiere que los seres humanos están predispuestos a imitar comportamientos que observan en figuras de autoridad o en individuos con quienes sienten una conexión emocional. Abdul-Jabbar, con su serenidad, inteligencia y convicción inquebrantable, se convirtió en un modelo de referencia. Sus acciones generaron respuestas emocionales y motivacionales en otros atletas, quienes comenzaron a ver el deporte no solo como una plataforma de competencia, sino como un medio para promover cambios estructurales en la sociedad.

Además, investigaciones en psicología del comportamiento han demostrado que los líderes que muestran altos niveles de empatía cognitiva y emocional generan un mayor impacto en sus comunidades (Goleman, 2006). Kareem no solo comprendía la discriminación desde su propia experiencia, sino que también se interesaba profundamente en las historias de otros, utilizando su voz para amplificar las luchas de

toda una comunidad. Su capacidad para articular problemas sistémicos con claridad y firmeza lo convirtió en una figura clave dentro y fuera del deporte.

Desde una perspectiva neurocientífica, el impacto de Kareem en la sociedad puede explicarse a través del concepto de *empatía cognitiva* (Decety & Jackson, 2004), que describe la capacidad de comprender y compartir la perspectiva de otros. Los líderes con altos niveles de empatía generan conexiones emocionales más profundas, lo que les permite movilizar a las personas hacia un objetivo común.

El verdadero liderazgo se mide en la capacidad de influir en la sociedad y en la valentía de enfrentar desafíos más grandes que uno mismo.

En el mundo empresarial, las lecciones de Kareem son igualmente aplicables. Los líderes más influyentes no son aquellos que buscan perpetuar el statu quo, sino los que desafían estructuras ineficientes e injustas en busca de una transformación positiva. Empresas con líderes que promueven la diversidad y la inclusión han demostrado un mayor nivel de innovación y éxito organizacional (Hunt et al., 2015). De la misma forma en que Kareem revolucionó la percepción del atleta como figura socialmente responsable, los líderes empresariales tienen el potencial de reconfigurar el entorno corporativo para hacerlo más justo, inclusivo y sostenible.

La influencia de Abdul-Jabbar en el deporte y la sociedad no se mide solo por sus títulos o récords, sino por el impacto que tuvo en la conciencia colectiva. Nos recuerda que el verdadero éxito no está solo en lo que logramos personalmente, sino en lo que inspiramos en los demás para cambiar el mundo.

De la cancha al activismo

Tras su retiro de la NBA, Kareem Abdul-Jabbar no solo se consolidó como una de las máximas leyendas del baloncesto, sino que también se convirtió en un defensor incansable de los derechos civiles y la educación histórica. A lo largo de su carrera, utilizó su plataforma para generar conversaciones sobre la igualdad racial, la justicia social y la importancia de la representación. Sin embargo, fuera de la cancha, su impacto fue aún más profundo: se convirtió en escritor, orador, embajador cultural y una de las figuras más influyentes en la lucha por los derechos de la comunidad afroamericana.



Desde una perspectiva neurocientífica, el compromiso de Abdul-Jabbar con el activismo puede explicarse a través del papel que juega la empatía en el comportamiento humano. Investigaciones en neurociencia han demostrado que el córtex prefrontal medial y la ínsula anterior están involucrados en la capacidad de experimentar empatía y en la toma de decisiones altruistas (Singer et al., 2004). Las personas con una fuerte activación en estas áreas tienden a involucrarse más en causas sociales y muestran mayor disposición para ayudar a los demás, lo que sugiere que el activismo de Kareem no fue solo una respuesta racional a la injusticia, sino un impulso profundamente arraigado en su identidad.

La psicología del altruismo también respalda esta idea. Según la teoría del comportamiento prosocial (Batson, 2011), las personas que han experimentado discriminación o injusticia tienden a desarrollar un sentido de responsabilidad hacia los demás y buscan generar un cambio para futuras generaciones. Kareem, al haber crecido en un contexto de segregación racial y haber sido testigo de la discriminación en el deporte y la sociedad, canalizó su éxito no solo hacia su propio beneficio, sino hacia el bienestar colectivo.



Además, su legado como educador y escritor ha sido clave en la preservación de la historia afroamericana. Estudios han demostrado que la transmisión del conocimiento sobre la identidad cultural y la historia de una comunidad fortalece el sentido de pertenencia y la resiliencia de las nuevas generaciones (Nasir et al., 2008). Kareem ha sido un embajador de este proceso, publicando libros y artículos que han permitido que la historia de la lucha por los derechos civiles no quede en el olvido.

En 2016, su impacto fue reconocido a nivel nacional cuando el presidente Barack Obama le otorgó la Medalla Presidencial de la Libertad, el mayor honor civil en Estados Unidos. No fue solo un reconocimiento a sus hazañas deportivas, sino a su incansable lucha por la equidad y la justicia social.

La historia de Kareem nos muestra que el liderazgo auténtico no se basa únicamente en la influencia individual, sino en la capacidad de transformar el entorno. En el ámbito empresarial, esta lección es crucial. Los líderes más efectivos no solo buscan su propio crecimiento, sino que también fomentan culturas organizacionales más inclusivas, equitativas y socialmente responsables. De la misma manera en que Kareem inspiró a otros atletas a utilizar su plataforma para generar un impacto, los líderes de cualquier sector tienen la oportunidad de influir en su entorno para promover cambios significativos.

Conclusión

La vida y carrera de Kareem Abdul-Jabbar nos enseñan que el verdadero liderazgo trasciende los logros individuales y se manifiesta en la capacidad de influir positivamente en la sociedad. Su compromiso con la justicia social y la igualdad racial, combinado con su excelencia en el baloncesto, lo convierten en un modelo a seguir para líderes en todos los ámbitos.

En el mundo empresarial, la aplicación de principios de liderazgo transformacional, como los demostrados por Abdul-Jabbar, puede conducir a organizaciones más inclusivas y exitosas. Estudios han demostrado que las empresas con equipos de liderazgo diversos tienen un 35% más de probabilidad de superar a sus competidores en términos de rentabilidad (Hunt et al., 2015). Esto subraya la importancia de fomentar la diversidad y la inclusión no solo como imperativos éticos, sino también como estrategias comerciales inteligentes.

Además, la neurociencia del comportamiento respalda la idea de que líderes con altos niveles de empatía y comprensión pueden movilizar a sus equipos de manera más efectiva, promoviendo un entorno de trabajo colaborativo y orientado al logro de objetivos comunes (Decety & Jackson, 2004).

Al igual que Abdul-Jabbar utilizó su plataforma para abogar por el cambio social, los líderes empresariales tienen la responsabilidad y la oportunidad de influir positivamente en sus organizaciones y comunidades. Al adoptar un enfoque de liderazgo que valore la diversidad, promueva la equidad y fomente la inclusión, es posible no solo alcanzar el éxito empresarial, sino también contribuir al bienestar general de la sociedad.

El legado de Kareem Abdul-Jabbar nos recuerda que el éxito verdadero se mide no solo por los logros personales, sino por el impacto duradero que dejamos en los demás y en el mundo que nos rodea.

El éxito no se trata solo de lo que uno logra, sino del camino que abre para los que vienen detrás.

Referencias

- Bass, B. M. (1985). *Leadership and performance beyond expectations*. Free Press.
- Batson, C. D. (2010). Empathy-induced altruistic motivation. En M. Mikulincer & P. R. Shaver (Eds.), *Prosocial motives, emotions, and behavior: The better angels of our nature* (pp. 15-34). American Psychological Association.

- Decety, J., & Jackson, P. L. (2004). The functional architecture of human empathy. *Behavioral and Cognitive Neuroscience Reviews*, 3(2), 71-100.
- Goleman, D. (2006). *Social intelligence: The new science of human relationships*. Bantam Books.
- Hunt, V., Layton, D., & Prince, S. (2015). *Diversity matters*. McKinsey & Company.
- Nasir, N. S., McLaughlin, M. W., & Jones, A. (2009). What does it mean to be African American? Constructions of race and academic identity in an urban public high school. *American Educational Research Journal*, 46(1), 73-114.
- Rizzolatti, G., & Sinigaglia, C. (2008). *Mirrors in the brain: How our minds share actions and emotions*. Oxford University Press.
- Singer, T., Seymour, B., O'Doherty, J., Kaube, H., Dolan, R. J., & Frith, C. D. (2004). Empathy for pain involves the affective but not sensory components of pain. *Science*, 303(5661), 1157-1162.

Nota del autor

Las imágenes presentadas en este artículo han sido cuidadosamente seleccionadas a partir de partidos en vivo y grabaciones de libre difusión, con el objetivo de enriquecer el contenido y la comprensión del lector sobre los conceptos discutidos.

Este trabajo se realiza exclusivamente con fines de investigación y divulgación educativa, sin buscar ningún beneficio económico.

Se respeta plenamente la ley de derechos de autor, asegurando que el uso de dicho material se ajuste a las normativas de uso justo y contribuya positivamente al ámbito académico y público interesado en el estudio de la psicología en el deporte.